"PEGUY FILOSOFO"

Jaime González Dobles

Charley Péguy (1873 - 1914) es conocido por el público culto como un gran poeta francés de principios de nuestro siglo. No insistamos, pues, sobre este particular. En el presente artículo nos limitaremos a estudiar, brevemente, algunos de los aspectos del pensamiento filosófico del autor. Nos basaremos en sus obras en prosa publicadas por la Pléiade (1).

¡Péguy filósofo! En 1909, el propio poeta francés lo reconoce al decirnos: "no puedo olvidar que soy un filósofo. Lo digo con cierto orgullo, en un tiempo en que de todas las disciplinas, la filosófica es, ciertamente, la más expuesta a las injurias, a las desolaciones, a los desprecios así como a las (peores) adulaciones, y lo que es más grave, a las deformaciones (contrefaçons) de todas las demagogias" (2). Llamamos filósofo a un autor, tanto porque ha estudiado filosofía y un título acredita sus conocimientos, como porque en sus escritos (y como situación límite, en sus palabras) refleja una vena de auténtica filosofía. Charles Péguy es filósofo de acuerdo con los dos criterios. Filósofo un poco en bruto, como un diamante sin pulir.

Péguy estudió filosofía. En julio de 1894, recibió el título de Licenciado en Letras, sección de filosofía. Desgraciadamente, sus pocos recursos económicos y sus preocupaciones sociales lo llevaron a ocuparse de otras cosas. Sus labores periodísticas le impusieron un ritmo de vida tan atareado que sus deseos de obtener el doctorado se quedaron en las páginas nunca acabadas de una tesis en gestación. En 1909, después de varios años de duro trabajo como gerente de un periódico socialista, llamado *Les Cahiers de la Quinzaine* (Cuadernos de la Quincena), Péguy decide dedicarse a la preparación de las dos tesis necesarias para la obtención del grado de doctor en la Sorbona. Pero Péguy no era hombre de reposada meditación. Los acontecimientos de la vida político-social del momento lo solicitaban fuertemente. Al emprender las grandes obras, algún acontecimiento venía a distraerlo. Siempre tenía algo más urgente que hacer. Así pues, Péguy abandona sus reflexiones para escribir un artículo de circunstancia *A nuestros amigos, A nuestros abonados* (1909) en el cual nos hace una promesa que nunca cumplirá. "Es tiempo —escribe— de pensar en las obras, o al menos en la puesta en obra, en un comienzo de puesta en obra. No es todo adquirir siempre. La vida es corta. Llega una edad de producir. Las dos tesis del doctorado en letras que preparaba desde hace tanto tiempo para la Facultad de Letras de la Universidad de París llegarán dentro de algunos meses a todo lo que podré darles de acabamiento. En la

-
- (1) CHARLES PEGUY, *Oeuvres en Prose*, Bibliothèque de la Pléiade. Dos volúmenes: 1898-1908. *Introduction et notes* par MARCEL PEGUY. 1534 pp. 1959. 1909-1914. *Avant-propos et notes* par MARCEL PEGUY. 1646 pp. 1961. Indicaremos los textos según la paginación de esta recopilación indicando el volumen de la siguiente manera: O.P.I. si es del primer tomo; O.P.II si es del segundo tomo. Las traducciones son nuestras. Ponemos a veces entre paréntesis ciertas palabras francesas de difícil traducción.
- (2) O. P. II, p. 11.

tesis complementaria me propuse poner en cuanto pueda lo que he adquirido de experiencia en las artes y oficios de tipografía. En la tesis principal me propuse poner un poco de lo que he adquirido de experiencia en el conocimiento que podemos obtener por la historia de las realidades mismas de la acción pública y privada; política, social, religiosa; económica, militar y todas las otras; principalmente intelectual y moral" (3). Pero de esta presunta tesis principal sólo nos queda un esbozo; y de la tesis complementaria, nada.

Si nos atenemos a los resultados obtenidos por Péguy en sus tesis de doctorado tendríamos que decir que nuestro autor se queda corto. Dichosamente, no todos los auténticos filósofos han sido doctores de la Sorbona, ni todos los doctores de la Sorbona han sido auténticos filósofos. No se es auténtico filósofo en virtud de un título, sino en virtud del filosofar. Nadie diría de un médico que lo es auténticamente simplemente porque posee un título. Péguy sería el primero en darnos razón de que el diploma no hace al filósofo. Nos lo muestra en sus críticas acerbas a Jaures, a los profesores y estudiantes de la Sorbona. El análisis de esta oposición entre Péguy y la Sorbona es un tema interesante. Haremos algunas breves indicaciones, dado que de esta disputa brotan muchas de las páginas más interesantes de su filosofía. Ella surge, muchas veces, de la oposición. Y es que Péguy era, no debemos olvidarlo, un escritor de ocasiones.

Sin profundizar en las disputas personalizadas de los artículos de sus últimos años, *El Dinero* (1913) y *Continuación del Dinero* (1913), refirámonos a sus primeras obras. En su artículo *Personalidad* (1912) Péguy ataca el automatismo intelectual de los universitarios. "Nada es tan peligroso —nos dice— como la falsa cultura. Y desgraciadamente es verdadero que casi toda la cultura universitaria es falsa cultura" (4). Esta es, para él, la cultura de ideas hechas, que no sigue la realidad en sus vaivenes históricos. Como nos lo indica en su *Nota sobre Bergson y la Filosofía Bergsoniana* (1914), hay una inmensa cantidad de personas que sienten con sentimientos prefabricados, que quieren con voluntades prefabricadas y que piensan con ideas prefabricadas. El hombre no suele nadar contra corriente; por pereza, por fatiga, sigue río abajo. Este empleo generalizado de las ideas prefabricadas entre los intelectuales es lo que Péguy llamaba "el automatismo intelectual".

Péguy se opone a la pereza intelectual que pierde la fuerza juvenil del apasionamiento por la verdad, por la búsqueda constante del sentido de la realidad (5). "El automatismo intelectual tiene una fuerza increíble. Envejecidos antes de tiempo por la falsa cultura, los espíritus automáticos no responden más al perpetuo rejuvenecimiento de la realidad universal" (6). La cultura de aulas y alumnos carece del sentido tajante de la realidad que pasa y contradice, poniendo en claro las cosas. "Nosotros que nos enfrentamos a la ruda realidad de la vida, a la ruda realidad de la acción, estamos así forzados, cuando tal no sea nuestra atención primera, a poner en orden nuestras ideas, para poner en orden nuestras intenciones. Pero en la enseñanza las

(3) O. P. II, p. 12-13. Nótese el tono un poco inseguro con que Péguy hace sus afirmaciones, como si se desconfiara de sí mismo: "un comienzo de puesta en obra".

(4) O. P. I., p. 455.

(5) "El pueblo, antes de la cultura, tiene los proverbios, que son ya peligrosos, pero que no son totalmente peligrosos, porque no se cree que sea pensamiento. Ciertos intelectuales, después de la falsa cultura, tienen las fórmulas, que son groseras como los proverbios, y que son totalmente peligrosas, porque se cree plenamente que es pensamiento" (O. P. I., pp. 471-472). Esta repugnancia por las fórmulas explica quizás la aversión de Péguy por las estadísticas.

(6) O. P. I., p. 455 ("No ocuparse de grandes cuestiones, amigo, es como fumar la pipa, una costumbre que se adquiere cuando la edad le gana, cuando se cree que se vuelve hombre, mientras que lo que pasa es que uno se solvió viejo" (O. P. I., p. 235)).

ideas más contradictorias, más inconciliables, pueden coexistir. Los alumnos son mucho más acomodaticios que la vida" (7). Al pensar, separados de la realidad, nos falta esa prueba, ese crisol en que se pesan las ideas. Nos encerramos en nosotros mismos y perdemos la capacidad de escuchar (8).

"Esta denuncia de un intelectualismo universal, es decir, de una pereza universal que consiste en servirse siempre *du tout fait* (de lo prefabricado) habrá sido una de las grandes conquistas y la *instauratio magna* de la filosofía bergsoniana" (9). Péguy hace suya la denuncia de Bergson. Esta oposición al intelectualismo nos va a hacer comprender su manera de filosofar, que no es sino una reflexión sobre la experiencia vivida. Lo notamos en su proyecto de tesis de doctorado. No son los temas ciento por ciento especulativos que lo atraen sino lo que ha podido reflexionar en su experiencia de la vida concreta. El fracaso de su tesis de doctorado quizás podría ser explicado por la manera de proceder de Péguy. Lo vemos claramente en sus artículos cuyos títulos no corresponden casi nunca a su contenido. Péguy escribe lo que le sale del alma, diríamos, lo que ya ha madurado suficientemente en su inteligencia.

Para quien estudia la filosofía de Péguy a través de sus artículos, resulta difícil orientarse en el desorden de los temas tratados. Hay que esperarse a encontrar el tema menos esperado en el lugar menos esperado. Además el estilo de Péguy es alambicado, de graciosas invenciones y de pesadas repeticiones. Hay que leerlo con paciencia, esperando que la idea se desprenda claramente del contexto, más que del texto. Pero no le critiquemos el estilo que en el fondo es, según dice él mismo, lo más personal de un autor (10).

Los textos en los cuales nos basamos están tomados fundamentalmente de artículos publicados en los Cuadernos. La labor que Péguy emprendió en su trabajo como periodista es una labor educativa. Es un grito de alerta sobre los problemas de la época. El fin principal de Péguy es formar hombres libres, preparar a los hombres para la libertad. Por esto se le trató de moralista (11). Su fin es instruir en un plano serio. Por eso afirma: "Nuestros cuadernos no son hechos para la gente de mundo. Cuando publicamos filosofía, tratamos que sea filosofía" (12). El problema es saber cuándo publica filosofía.

(7) O. P. I., p. 456.

(8) "El falso intelectual cree saber, no escucha el análisis que se le trae" (O. P. I., p. 472).

(9) O. P. II., p. 1320. Péguy fue siempre discípulo de Bergson y le manifestó siempre un profundo respeto. En su nota sobre Descartes, nos habla de una "fidelidad filial" (O. P. II., p. 1362) de su parte hacia Bergson. No es de extrañar que la influencia de Bergson sea marcada en Péguy.

(10) "Qué es en efecto el estilo, qué es el tono, si no es la manifestación más profunda, más exacta, más verdadera de la personalidad. Más que la figura del cuerpo, más que el gesto, más que el modo de caminar, más que el aspecto, más que la forma del cuerpo, más que las líneas de la cara, más que la mirada de los ojos, más que el sonido de la voz, más que el tono de la elocuencia, más que el verbo, más que la palabra hablada, el estilo es del hombre mismo" (O. P. I., p. 476). Nótese en esta nota sobre el estilo es un reflejo del estilo mismo del autor. Péguy va madurando las ideas hasta que caen de su propio peso.

(11) Una afirmación de Jaures, citada por Péguy, pone de relieve al mismo tiempo la razón de la oposición entre estos dos autores y la originalidad de la labor de Péguy: "No creo, a pesar de los tesoros de talento y de sinceridad apasionada que Péguy dispensa en su tesis en los Cuadernos de la Quincena que sea suficiente, en una especie de anarquismo moralista, suscitar de conciencia individual en conciencia individual, el orgullo (la fierté) de lo justo y de lo verdadero. Hay que forjar todavía, al uso del proletariado, el utensilio de gobierno y de legislación" (O. P. I., pp. 309-310). Jaures es político, Péguy es moralista. Jaures trata al pueblo como a niños, Péguy como a hombres.

(12) O. P. I., p. 482.

En las obras de Péguy se podrían estudiar muchos problemas relacionados con la filosofía: el arte, la política, etc. Vamos a escoger algunos que nos han parecido más interesantes. Quizás escogemos en función de nuestros intereses. Pero, en fin, una lectura de un autor es un diálogo abierto entre el autor y el lector. Y un autor no dice la misma cosa a todos los lectores. Porque cada lector pregunta siempre cosas diferentes (13).

En este artículo vamos a partir de una hipótesis: Péguy nos habla como filósofo cuando nos habla de la filosofía. Al hablarnos de filosofía, hace alusiones a la filosofía de la historia. Por esto vamos a centrarnos en estos dos tópicos.

REFLEXIONES SOBRE LA FILOSOFIA Y LOS FILOSOFOS

A lo largo de su obra, Péguy nos habla muchas veces de la filosofía, de sus cualidades, de sus obstáculos, de sus exigencias. Sus estudios más interesantes quizás son los relativos al análisis de las grandes filosofías, pues en ellos interviene muchas veces, además, una filosofía de la historia. Pero, antes de llegar al estudio de las grandes filosofías, comencemos por ver la filosofía en su aspecto más general. Partamos de la idea, expresada en varias ocasiones por Péguy, de que la metafísica es un fenómeno universal: todo el mundo tiene su metafísica o por lo menos tiene metafísica.

En el *Undécimo Cuaderno de la Octava Serie* (1907), Péguy aborda este tema con razones polémicas. En un artículo anterior "*sobre la Situación hecha al Partido Intelectual*" (1906) Péguy había atacado la filosofía de lo que él llama el Partido Intelectual (grupo de intelectuales que querían imponer una razón de Estado), tratándola de "una de las más groseras que la humanidad haya jamás conocido" (14). En este *Undécimo Cuaderno*, continúa el análisis, mostrando que para tener una metafísica no es necesario ser grande, que más bien es rigurosamente imposible no tener una metafísica. "Todo el mundo tiene al contrario su metafísica, profunda o superficial, fuerte o débil, buena o mala, grosera o fina, o diluida. Nada es tan común como la metafísica" (15).

Esto no quiere decir que para Péguy todos seamos filósofos de nacimiento, metafísicos natos. Muy al contrario. "Todo el mundo tiene su metafísica. Pero sólo los metafísicos la tienen metafísica" (16). Nuestras acciones, nuestras opciones tienen una trascendencia filosófica. El tema de Dios, de la muerte, de la materia, etc., son uno y muchos temas en los que nuestra posición es metafísica. Pero no es lo mismo tener metafísica y hacer metafísica de una manera metafísica. Parodeando las palabras de Péguy, podríamos decir que así como el don de creer es dado a todos, mientras el don de pensar es dado a algunos, el vivir sobre un horizonte metafísico es propio a todos, el asumir personalmente ese horizonte por una reflexión sistemática y osada no es don sino de pocos.

(13) Es por esta razón que en este artículo hemos querido poner al lector ante el texto mismo del autor. Ya hemos traicionado bastante al autor al seleccionar los textos. Con autores más conocidos, nuestro artículo podría pasarse de tanta cita, pero con un autor desconocido para muchos, al menos como filósofo, es necesario apuntalar las afirmaciones con pruebas tomadas del autor.

(14) O. P. I., p. 1074.

(15) O. P. I., p. 1081.

(16) O. P. I., p. 1082.

En un artículo *Sobre la Situación hecha a la historia y a la Sociología en los tiempos modernos* (1906), Péguy demuestra que el hecho de hacer historia implica una opción metafísica. Sin embargo constata que la mayoría de los historiadores hacen historia sin preocuparse de metafísica; y les da la razón. "Vale más que cada uno haga su oficio. Mucho tiempo se perdería si todo el mundo hiciera metafísica... Un historiador que permaneciera estático meditando sobre la situación de la historia no haría avanzar mucho esta historia. Y tampoco la metafísica, si no fuera filósofo y metafísico nato" (17). En este mismo artículo, Péguy pone de relieve las grandezas y la miseria de la filosofía. "Los otros —nos dice— toman las ocupaciones; los filósofos se reservan, en toda la fuerza etimológica de la palabra, las preocupaciones" (18). El filósofo trata de esclarecer sus propias dificultades, dificultades muchas veces inexpugnables. Por esto el filósofo no llega nunca a buen término, pues la empresa que acomete tiene dimensiones eternas. El filósofo será un descalificado, alguien que no tendrá nunca su obra a la mano. "Pues más allá de las dificultades hay las posibilidades, y las contrariedades insuperables. Los otros son hombres de facilidades, de posibilidades y de derivación. El es un hombre de dificultades, de imposibilidades, de inhibiciones, un hombre de parada... Los otros descienden la corriente del agua. El no quitará más este puesto sino para ensayar, partiendo de este punto, de remontar más arriba todavía, volviendo la espalda deliberadamente a los otros que descienden la corriente, de remontar más arriba todavía, en las regiones todavía más inaccesibles. Los otros siguen el correr del agua del arte, de la ciencia y de la vida. El, al contrario, emprendió de remontar la corriente del ser. Si puede" (19).

Por esta razón Péguy suele insistir en el hecho de que los grandes filósofos nunca han sido populares. Jaures, un orador de genio, es un rey de las masas, de las asambleas. Pero el filósofo sigue senderos muy diferentes. "El filósofo, el artista, el sabio no solamente no reinan, sino que no son populares: y cuanto más grandes, tanto menos populares son... el gran filósofo, el gran artista, el gran sabio no reina, mientras un pequeño orador reina" (20). La labor del filósofo es ardua y difícil, personal e incomprensible para muchos. Poner todo en causa, para remontarse a las profundidades del ser.

La filosofía es, para Péguy, un arte. En una de sus primeras obras llamaba a la filosofía el arte de la ciencia. Un arte cuya materia es la ciencia. No creemos que Péguy haya conservado toda su vida esta definición tan estrecha de lo que es filosofía. Aunque siempre ha aceptado esta relación estrecha entre los caminos del arte y los de la filosofía. La ciencia no es sino "una encuesta realizada por la humanidad sobre ciertos objetos propuestos de la realidad. Una vez que se pasa a la acción, una vez que se quita el conocimiento puro, se hace arte, filosofía o acción" (21). La filosofía es el arte de enfrentarse con el sentido trascendental de la acción.

Al asimilar la filosofía al arte, Péguy niega que pueda haber discípulos entre los filósofos. En su pequeña obra *Marcel* (1897), afirma que la filosofía es el arte de la ciencia y que los artistas no tienen alumnos. La filosofía nace del fondo del alma, quizás con la ayuda de los autores anteriores, pero siempre de una manera muy personal. Diez años más tarde, en el ya citado Undécimo Cuaderno, expresa: "Un alumno no vale, no comienza a contar sino en el sentido y en la medida en que no es más, en que no es absolutamente un alumno. No que no tenga el derecho de descender de otra filosofía o de otro filósofo. Pero debe descender de él por las vías naturales de la filiación, y no por las vías escolares del alumnado" (22).

(17) O. P. I., p. 1005.

(18) O. P. I., p. 1007.

(19) O. P. I., p. 1006.

(20) O. P. I., pp. 608-609.

(21) O. P. I., p. 328.

(22) O. P. I., p. 1099.

En su nota sobre la filosofía cartesiana, Péguy explica que hay un cierto universo del pensamiento en el que se dibujan geografías. En las profundidades de este mundo pueden profundizarse geologías. El error del público al analizar a los filósofos, es creer que todos pertenecen al mismo continente. La mayoría de las filosofías, que aparentemente se contradicen, en el fondo no se contradicen, pues son exploraciones de continentes diferentes. Los exploradores no ven las mismas cosas. "Hay zonas inmensas de pensamiento, hay climas del pensamiento. Hay un mundo, un universo del pensamiento y dentro hay razas del pensamiento" (23). Se puede ser hijo, filosóficamente, de otros filósofos cuando se entra con él en un determinado continente del pensamiento.

Para Péguy, la grandeza de una filosofía está en el hecho de partir como exploradora con un plan suficientemente orientado. Batirse como se bate el explorador con las dificultades de un continente virgen. La primera cualidad para que una filosofía sea grande es la osadía, la osadía ante el ser. Si la filosofía de Descartes se ha inscrito en la historia eterna, "no es porque sea victoriosa, es porque se bate. No es porque llega, es porque parte" (24).

Lo esencial en un gran filósofo es pelear, no convencer, pues convencer es ya vencer. Para ser grande basta con que se haya ganado una sola batalla. Una gran filosofía no es la que ha resuelto todos los problemas sino la que ha creado una inquietud. "Es la marca misma, es lo propio de una muy grande filosofía el no tener solamente una fuerte lógica, limitada, a la que se podría marcar los bordes, sino a su vez una fuerza de raza, una raza literalmente orgánica" (25). Esta fuerza orgánica, fuerza de acontecimiento y de realidad, hace que una filosofía desborde su propio objeto particular. Y el efecto principal de esta fuerza es provocar una conmoción (un ébranlement). La filosofía de Descartes no es en el fondo completamente lógica. Toda la visión del universo de Descartes no sale lógicamente de su "pienso luego existo" por intermedio de las reglas del método. Pero su método aplicado en unas pocas líneas de la obra ha creado una conmoción que hizo que Descartes ganara al menos una batalla: la batalla contra el desorden. "El mundo tal vez no ha seguido el método cartesiano y Descartes ciertamente no lo siguió. Pero Descartes y el mundo siguieron la conmoción cartesiana" (26).

Al final de esta nota sobre Bergson, en la que nos habla principalmente de Descartes, para poner en relación la batalla cartesiana contra el desorden y la batalla bergsoniana contra el "tout fait" (lo que tradujimos como lo prefabricado), Péguy apunta: "Toda gran filosofía tiene un primer tiempo, que es un tiempo de método, y un segundo tiempo, que es un tiempo de metafísica. Cuando se dice que el platonismo es una filosofía de la dialéctica, y el cartesianismo una filosofía del orden, y el bergsonismo una filosofía de lo real, se las toma a las tres en su tiempo de método. Cuando se dice que el platonismo es una filosofía de la idea, el cartesianismo una filosofía de la substancia, y el bergsonismo una filosofía de la duración, se les toma a las tres en su tiempo de metafísica" (27). Poniendo en relación este texto con las afirmaciones anteriores nos da la impresión de que Péguy considera que las invenciones en el orden del método son invenciones que pertenecen a la geología del pensamiento. En efecto, al principio del artículo, Péguy afirma: "El bergsonismo no es absolutamente una geografía, es una geología" (28). Y en el desarrollo del artículo hace la contraposición entre la grandeza de la conmoción provocada por el cartesianismo con

(23) O. P. II., p. 1361.

(24) O. P. II., p. 1334.

(25) O. P. II., p. 132.

(26) O. P. II., p. 1337.

(27) O. P. II., p. 1339.

(28) O. P. II., p. 1314.

su método y la mayor amplitud de la batalla bergsoniana. Descartes la emprende contra el desorden. Pero, después de todo, muchas veces hay ideas geniales que han surgido a través de un cierto desorden. Pero no hay una creación auténtica en un estado de fatiga, de apatía, de automatismo, del "tout fait".

Nos parece interesante analizar uno de sus primeros escritos, en el que ataca las posiciones de Vaillant tal como estaban expuestas en un artículo de Jaures. La respuesta a este artículo de Jaures, Péguy la intitula "*Casse-cou*" (Despeñadero, literalmente rompecuello), (1901). Jaures nos presenta la filosofía de Vaillant como un ateísmo monista materialista. Péguy va a atacar estos tres términos.

Ataque al materialismo. Para él, el materialismo puede ser una afirmación vulgar irreflexiva dicha, simplemente, con la intención de chocar. Pero si el materialismo ha de tener alguna razón, éste ha de ser una metafísica. Pero aquí surge el problema grave que hace del materialismo, una metafísica insostenible. "Tenemos de la materia una idea muy confusa todavía y menos utilizable que la que tenemos del espíritu. Puesto el materialista delante de esta idea bastante inútil, o bien reducirá brutalmente el universo de las ideas: esto será, por así decir, un golpe de estado metafísico, dado que el materialismo no podrá efectuar la reducción pedida si no es negando arbitrariamente los inmateriales del universo, es decir, la mayoría de la realidad. O bien, puesto delante de esta idea estéril, seca, el materialista reintroducirá astutamente las cualidades y el contenido de los inmateriales: será, si permiten el empleo de la palabra, un golpe de jesuitismo metafísico, puesto que el materialista no podrá efectuar la reducción pedida sin insinuar fraudulentamente, sin nombrar y sin confesar el origen, las cualidades de los inmateriales en la idea confusa que podemos tener de la materia" (29).

En el ataque contra el ateísmo, Péguy no enfoca directamente la imposibilidad del ateísmo, sino que muestra la dificultad de hablar de un ateísmo en general. El ateísmo es negación de un Dios o de dioses, y difiere según sea la divinidad negada. "Un ateísmo supone un Dios que se niega, o dioses que se niegan, y la definición de lo que se niega. Al menos en este sentido un ateísmo es, o supone, una teología metafísica" (30). El meollo del ataque parece ser la facilidad con que Jaures declara a Vaillant ateo.

Sobre este particular del ateísmo, Péguy insiste en diversas ocasiones. El artículo *Sobre la Situación hecha al Partido Intelectual* (1909) aborda el tema. La perspectiva es sensiblemente la misma. Péguy recuerda que las negaciones metafísicas son operaciones metafísicas de un orden particular: son afirmaciones metafísicas vueltas al revés (retournées). Creer que no hay un Dios ni dioses, es realizar "una multitud de operaciones metafísicas, religiosas; tantas, cuantas operaciones positivas hay de las que se hacen las negaciones, tantas, cuantas operaciones afirmativas de las cuales uno efectúa las réplicas" (31). Se va así contra todas las religiones, las supersticiones, los monoteísmos y los politeísmos, las mitologías y los panteísmos. Es ir contra casi todo el mundo.

A primera vista, se diría que Péguy le da razón a lo tradicional, a lo establecido. No. Para comprender mejor este aparente apego de Péguy a lo tradicional es necesario leer el *Advenimiento* (Advertencia) publicado por él en 1904. En este artículo ataca fuertemente la mezcla entre ateísmo y política. Al arrebatarse el tema de Dios a la filosofía y pasarlo a la política lo convertimos en una superstición. Pero esta oposición política del catolicismo es, para Péguy, un volterianismo burgués que se

(29) O. P. I., p. 314.

(30) O. P. I., p. 315.

(31) O. P. I., p. 1072.

caracteriza simplemente por ir contra, contra lo establecido. Lo que hace la fuerza de la situación establecida es que ella reúne en la acción presente toda una plenitud de humanidad pasada, toda una antigüedad de vida y de acción. Contra ella no valen los derribos arbitrarios y facticios de la política y los escolares. Es necesario tener nuevas fuerzas capaces de una revolución auténtica. Pero "una revolución no es verdadera y plenamente revolucionaria y no tiene éxito como revolución que si no alcanza, como de un golpe de sonda, si no hace surgir y soldar una humanidad más profunda, que la humanidad de la tradición a la que se opone, a la que ataca. No vale, si no pone en el comercio una humanidad más profunda y propiamente más tradicional, que la humanidad corriente, que la humanidad actual, usual, que la humanidad conocida. No vale, si no aporta esta maravillosa renovación, este maravilloso refrescamiento de la humanidad, por ahondamiento" (32). En el fondo, Péguy no resuelve el problema del ateísmo. Simplemente hace ver que la afirmación del ateísmo es algo muy serio que no se puede tomar a la ligera sin comprometerse ante toda la humanidad.

Péguy ataca el monismo en nombre de su experiencia de la realidad y ataca a Jaures haciéndole ver que mezcla nuevamente política y metafísica. "Usted es monista en metafísica, porque usted es, y como usted es, unitario en política" (33). Péguy critica a Jaures su centralismo político en el Partido Socialista, diciéndole que la tiranía existe tanto en el monismo como en el pluralismo. Hay tiranía cuando hay hombres que están dispuestos a ser esclavizados. Pero "el hombre libre que sea uno de dos en la dualidad o uno de varios en la pluralidad, no ejerce la tiranía y no la soporta" (34). La tiranía en un sistema unitario es interior, mientras que en un sistema pluritario es exterior.

Después de hacer ver que él pasó por momentos en su educación en que sus maestros le exigían una explicación unitaria de la realidad, Péguy constata que la necesidad de la unidad no es central en filosofía, sino la necesidad de la verdad. "No siento ninguna necesidad de unificar el mundo. Cuanto más lejos voy, más descubro que los hombres libres y que los acontecimientos libres son variados. Son los esclavos y las servidumbres y los avasallamientos los no variados, o los menos variados... Cuando los hombres se liberan, cuando los esclavos se sublevan, por más lejos que avancen en no sé qué unidad, avanzan en variaciones crecientes" (35). Y Péguy toma la defensa del espiritualismo diciendo que éste no corta la realidad. "La realidad nos aparece y se presenta cortada en mucho". (36).

Habiendo definido la posición de Péguy, en oposición a Vaillant, como un espiritualismo pluralista, hagamos una pequeña revisión del pensamiento de Péguy sobre las condiciones de trabajo del filósofo.

En el ya citado artículo *Marcel* (1897), Péguy dedica algunas páginas a estudio de las condiciones de trabajo del filósofo en una sociedad socialista (la llamada ciudad armoniosa de Péguy). Para Péguy la filosofía es un trabajo desinteresado. Es decir, no es un trabajo necesario para asegurar el bienestar material de la ciudad. Y como todo trabajo desinteresado es libre, libre de toda dominación. En un artículo escrito en 1901, *De la Raison* (Sobre la razón) muestra cómo la razón no puede ser mandada por ninguna fuerza gubernamental, militar, religiosa, parlamentaria, demagógica o laboral. Se opone a todo lo que podría ser una inserción del orden de la

(32) O. P. I., p. 1377-1378.

(33) O. P. I., p. 317.

(34) O. P. I., p. 318.

(35) O. P. I., p. 321-322.

(36) O. P. I., p. 317.

autoridad en el trabajo de la razón. La justificación más clara la encontramos en el *Casse-Cou*: "Toda la economía de la libertad filosófica reposa en primer lugar sobre este fundamento: que uno solo puede tener razón contra todos, y que incluso puede haber tiempos en que ninguno tenga razón" (37).

En *Marcel*, Péguy insiste en que el trabajo del filósofo debe ser hecho sin ocuparse de preocupaciones ajenas a él. Por eso condena el trabajo hecho por la gloria, el mérito, etc. E insiste en la necesidad de no mezclar la labor filosófica con problemas materiales. La solución de este problema él la espera del socialismo "Pedimos que el trabajo de la ciencia —escribe en la *Respuesta breve a Jaurès* (1900)— y que el trabajo de arte sean libres, es decir, sustraídos también a la acción social. Pedimos que los científicos, como científicos y los artistas, como artistas, sean en la ciudad librados (*affranchis*) de la ciudad. Pedimos que la ciencia, el arte y la filosofía no sean socializados, justamente porque la socialización de los grandes medios de producción y de cambio, o más bien del trabajo indispensable para asegurar la vida corporal de la ciudad, habrá dado a esta ciudad el ocio y el espacio de no socializar lo que no le compete a ella, sino a la humanidad misma" (38). Péguy insiste muchas veces sobre la importancia de tener un poco de solvencia económica. Quizás lo más importante a este respecto es el artículo sobre *Jean Coste* (1902) en que compara la miseria con el infierno. Para transcribir una cita concreta tomemos la siguiente de *Personnalités*: "Constato que la vida económica es indispensable sostén de la vida mental. Creo que debe asegurarse lealmente la vida económica para asegurar lealmente la vida intelectual. De lo contrario se cae en el parasitismo, que es, en un sentido, el peor de los crímenes sociales" (39). La gente que trabaja bien sin comer, concluiríamos nosotros interpretando a Péguy, es leyenda romántica burguesa.

REFLEXIONES SOBRE EL TIEMPO Y LA HISTORIA

Decíamos antes que las grandes filosofías tienen un carácter de acontecimiento. A este efecto es sumamente interesante estudiar la afirmación de Péguy de que las grandes filosofías son los lenguajes de la creación, como lo son los pueblos, las grandes razas, las lenguas, y las artes. "Es una tesis metafísica —nos dice—, y de las más grandes, que el universo, entiendo el universo sensible, es un lenguaje que Dios habla al espíritu humano, un lenguaje por signos, un lenguaje figurado... Recíprocamente las grandes filosofías, las grandes metafísicas no son sino respuestas. El propio ateísmo, que es una metafísica, es una respuesta" (40). Estos lenguajes se hacen, para Péguy, un campo en lo eterno de la historia, del tiempo. Cada uno juega un papel único. Lenguajes eternos, irremplazables. Dichos una vez y para siempre, sin que ninguno otro pueda decirlo en su lugar. La voz que falta, faltará siempre; pues la que venga a reemplazar será siempre del reemplazante y no del presunto reemplazado. "En este orden, lo que viene es siempre único, y lo que falta, falta eternamente. Lo que no viene falta eternamente. Una raza, un arte, una obra, una filosofía que falta, falta eternamente... Si las filosofías antiguas platónica y plotiniana —como la raza helénica— no hubieran venido al mundo, faltarían eternamente. Y ninguna de sus ilustres sucesoras podría suplirlas ni siquiera parcialmente" (41). Porque una filosofía

(37) O. P. I., p. 325.

(38) O. P. I., p. 264-265.

(39) O. P. I., p. 466.

(40) O. P. I., p. 1095.

(41) O. P. I., p. 1096.

nace en una raza determinada, en el seno de una cultura determinada y un momento histórica determinado. El cristianismo podría hacer una filosofía "cristiana", pero no una filosofía helénica. "Una filosofía que viene de otra raza, es siempre otra filosofía, puesto que posee otro tono. Si las filosofías platónica y plotiniana antigua no hubieran nacido de una cierta raza, de un cierto pueblo, bajo un cierto cielo y en un cierto clima, faltarían, y ninguna otra filosofía, nacida de otra raza, de otro pueblo, bajo otro cielo y en otro clima podría de ninguna manera reemplazarlas" (42).

Por esta razón la filosofía avanza por saltos. El verdadero filósofo es un hombre que parte como explorador en el universo del pensamiento, poniendo en cada instante todo en cuestión para mejor descubrir las profundidades del ser. Ciertamente tiene como elementos los que le han legado las culturas antiguas, los que posee su propio pueblo. No desprecia lo que tengan de humano las humanidades pasadas, no desprecia lo que tengan de humano las humanidades presentes. Más bien, a partir la historia de la humanidad vivida por su pueblo, trata de lanzarse río arriba, hacia las fuentes del ser. "Utiliza o no a sus predecesores: es su asunto, bajo su responsabilidad personal de filósofo. Es evidente que de hecho no los ignora. Pero indiscutiblemente su filosofía se caracteriza, en primer lugar, porque él pone todo en duda, y no porque utilice más o menos hábilmente a tal o cual de los antiguos filósofos" (43). Un auténtico filósofo no es pues aquel que la emprende contra los filósofos anteriores. Esto es obra de pseudofilosofía. Un auténtico metafísico es aquel que descubre algo nuevo, algo suyo. Lo dice en su lengua, pues es evidente que hay muchas lenguas para decir una cosa. "Es un hombre que ha descubierto, que ha inventado algún aspecto nuevo, alguna realidad nueva de la realidad eterna; es un hombre que entra por su voz en el eterno concierto" (44). Entra en el eterno concierto de lenguajes con su voz propia, inimitable. Aún el más genial, el más grande de los filósofos, es incapaz de repetir a otro en su tono, pues es grande pero es otro. La más grande filosofía del mundo se encontraría "desprovista como un niño cuando se trata de recrear otra filosofía" (45).

Por esta razón "no hay jamás estrellas dobles en el cielo de la filosofía" (46). Una metafísica no puede reemplazar a otra, ni repetirla. Hay aires que no han sido tocados, pero no se toca dos veces el mismo aire porque el que quiera tocar una vieja melodía no hace más que plagiar. Y plagiar no es hacer filosofía. Por esto una filosofía es del orden del acontecimiento. "Es un acontecimiento, que llega o que no llegaría, que se lo hace, que se hace, o que no se haría. Cuando es hecho, es hecho una vez por todas. Es en este sentido que no se repite, lo cual no significa que no podría perderse" (47).

Demostrando que la filosofía es del orden del acontecimiento y que tiene una originalidad irremplazable, Péguy va a mostrar la falsedad de la tesis del llamado Partido Intelectual que defiende una progresión lineal de la filosofía.

Una interpretación lineal de la historia de la filosofía consiste esencialmente en considerar que cada filosofía precedente es sobrepasada por la siguiente. Esta hipótesis puede tomar dos orientaciones, según se acepte una progresión lineal continua o discontinua. Péguy entiende por una progresión continua aquella en que una filosofía sirve de alimento a otra que se la asimila. Una progresión lineal discontinua consistiría en una sucesión de filosofías que nacen eliminando a otras y mueren al ser eliminadas por otras. Péguy usa un ejemplo para precisar la relación y la diferencia entre

(42) O. P. I., p. 1096.

(43) O. P. I., p. 327.

(44) O. P. I., p. 1096.

(45) O. P. I., p. 1097.

(46) O. P. I., p. 1098.

(47) O. P. I., p. 1101-1102.

estas dos concepciones. Una progresión continua es como una cuerda, mientras una progresión discontinua es como una cadena de eslabones, de una continuidad discontinua.

La refutación consiste, por una parte, en mostrar la originalidad de cada filosofía y por consiguiente la imposibilidad de asimilarse las otras. Por otra parte, Péguy va a mostrar que una filosofía nunca es sobrepasada por otra. Toma el ejemplo de las críticas de Bergson a los argumentos de Zenón de Elea sobre el movimiento y agrega "no hemos sobrepasado el argumento eleático. Hemos escapado, lo cual es diferente" (48). Por intermedio de Bergson hemos tomado una visión directa de la realidad y hemos comprendido que el argumento eleático "no era sino una vista del espíritu, y a este título no podría prevalecer contra una vista de la realidad" (48, bis).

Cada filosofía tiene pues su fuerza de acontecimiento. Tiene su originalidad histórica fundamental, alienable. En la nota sobre Descartes, en la cual nos había indicado que cada filosofía es como el descubrimiento de un continente, Péguy concluye: "Hay una cierta eternidad temporal y espiritual de las filosofías que viene de eso... No se le puede arrebatar a uno lo que tiene de temporal, ni, quizás, tampoco lo que tiene de espiritual. No se le puede negar a uno haber tenido ni lo temporal ni lo espiritual que tuvo. No puede haber aquí ningún desistimiento. Nada puede quitar a Cristóbal Colón haber descubierto América" (49). No podemos quitarle a Cristóbal Colón haber descubierto nuestro continente, pero podemos olvidarnos de él.

En *Los suplicantes paralelos* (1905), Péguy nos habla de una existencia de vida y de una existencia de muerte. "Son dos existencias que no son del mismo orden. La existencia en el cuerpo de los productores de todo un pueblo es una existencia de vida. La existencia en los estantes, sobre los estantes de algunas bibliotecas es una existencia de muerte" (50). El paso de una existencia de vida a una existencia de muerte es un proceso de pérdida cultural irreparable, porque sabemos que en materia de cultura "se sabe bien cuando se pierde y lo que se pierde, pero no se sabe cuando se reencuentra, ni lo que se reencuentra. El triunfo de las demagogias es pasajero. Pero las ruinas son eternas. No se reencuentra jamás todo. Es semejante materia es mucho más fácil perder que reencontrar" (51).

En el ya citado artículo de la Octava Serie, en que Péguy nos hablaba de las filosofías como lenguajes de la creación, nuestro autor expresa la misma idea, agregando una precisión importante: estas pérdidas irreparables son para nosotros una pérdida de humanidad en las que nosotros quitamos aquella filosofía en lugar de que ella nos quite. Son pérdidas irreparables en un doble sentido: perdemos una filosofía y nos perdemos a nosotros mismos. "Cuando una metafísica y una religión, cuando una filosofía desaparece de la humanidad, es tanto más la humanidad que desaparece de esta metafísica y de esta religión, de esta filosofía" (52).

Este tema va a permitir a Péguy, en *Clio* (póstumo), hacer un ataque contra la teoría del progreso. Para él la teoría del progreso supone que la humanidad es como una gran caja bancaria en la que se va acumulando los ahorros. Pero desgraciadamente, en el correr de los tiempos hay un desgaste necesario. La teoría del Progreso es lógica pero inorgánica. Supone que cada paso es un paso hacia arriba en una escalera que sube. Que cada esfuerzo es una capital de inteligencia ahorrado. Pero "hay un desperdicio, una pérdida perpetua, un desgaste, un frotamiento, un *irreversible* que está en la naturaleza misma, en la esencia y en el acontecimiento, en el corazón mismo del

(48) O. P. I., p. 1104.

(49) O. P. II., p. 1360.

(50) O. P. I., p. 935.

(51) O. P. I., p. 934.

(52) O. P. I., p. 1108-1109.

acontecimiento. En una palabra hay envejecimiento" (53). Basándose en Bergson, Péguy reconoce que lo orgánico tiene una duración real, un ritmo de duración. El envejecimiento es orgánico. "El envejecimiento está incorporado en el corazón mismo del organismo. Nacer, envejecer, devenir y morir; crecer y decrecer, es todo uno" (54).

El mecanismo de la historia, de lo temporal, consiste en esa pérdida constante. En *A nuestros amigos, a nuestros abonados*, Péguy nos llama la atención sobre el hecho de que el tiempo no espera la eternidad para darle realidad al momento de los cristianos: "El siglo temporal no esperará el reino eterno para resolverse en cenizas. Todos los días del tiempo en el presente vemos que se resuelve, a medida misma que pasa. En todo el inmenso pasado, en todo el presente, a medida que el acontecimiento real pasa, hemos visto... (que) deviene casi instantáneamente acontecimiento histórico; de acontecimiento real que era, que acababa de ser, que era al instante, acontecimiento histórico: menos que nada, una ceniza, en comparación con lo real" (55).

La pérdida se realiza al dejar de ser realidad para convertirse en historia. La historia es "memoria de la humanidad" (56), indispensable a la vida de la sociedad. Por esta memoria es una memoria disminuida de lo que fue lo real. Es una degradación perpetua, en la que cada acontecimiento deja de ser realidad para convertirse en un recuerdo, principio del olvido. Nadie escapa a esta necesidad histórica: "Para cada hombre y para cada acontecimiento... llega un minuto, una hora, cae una hora en que se convierte en histórico" (57).

Péguy considera que la historia es una deformación de la realidad porque es siempre una visión intelectual, una imagen, una sustitución. Este juicio severo contra la historia ha de entenderse en función de su experiencia personal. Las dificultades en sus ideales socialistas (la incompreensión del Partido Socialista, la ruptura con muchos amigos, etc.) lo hacen declararse vencido. Vencido, pero sin abandonar la batalla. "No seremos jamás grandes —declara con una cierta amargura—; no seremos jamás conocidos; no seremos jamás inscritos. No seremos jamás grandes. No seremos del orden mismo en que hay, puede haber grandeza histórica. La historia no tiene ninguna medida para medirnos. Y a decir verdad no tendría ningún gusto. Ella no inscribe más que aquellos que se inscriben a sí mismos. No mide, no registra más que a quienes se hacen medir por la fuerza" (58). Péguy continúa ridiculizando, con una ironía muy particular, preguntándose dónde están sus marsellesas, sus banderas y sus campos de batallas, y en qué estadísticas se podrían meter para entrar en la historia económica al menos.

La historia es una mirada en perspectiva. La mirada de la historia "es quizás una mirada de verdad. (Pero) no es de ninguna manera, ... una mirada de realidad, y sobre todo una mirada de agotamiento de la realidad. No es en ningún grado una mirada total, una mirada de totalidad" (59). Es una mirada fragmentaria, fragmentada, precaria e incompleta.

Péguy muestra que si la historia fuera una mirada completa y no fragmentada, sería siempre incapaz de agotar la realidad pues no solamente hay un plano vertical sino que hay además un plano horizontal del acontecimiento. Hay un plano longitudinal y otro latitudinal. "Serían necesarias al menos dos infinidades, multiplicadas, por así decir, la una por la otra, para que la historia capte, agote la realidad del acontecimiento.

(53) O. P. II., p. 129-130.

(54) O. P. II., p. 132.

(55) O. P. II., p. 32.

(56) O. P. II., 394.

(57) O. P. II., p. 48.

(58) O. P. II., p. 17.

(59) O. P. II., p. 28.

Pero la una es infinitamente incompleta en su propio orden; la otra aunque por un imposible fuera completa, no sería sino una mirada como lineal, una mirada en perspectiva". Ningún historiador puede comprender un acontecimiento en toda su realidad pues éste está ligado con todos los hechos pasados y con todos los acontecimientos presentes. Y al mismo tiempo el futuro forma parte de la inteligibilidad radical del acontecimiento. Este desborda en todos sentidos, y no es agotado, como no es agotado un paisaje por una perspectiva.

Esto nos hace comprender el ataque severo que hace Péguy a los profesores de la Sorbona que quieren hacer historia a base de un agotamiento de la literatura al respecto del problema estudiado, de los documentos. En su artículo, *Zangwill* (1904), Péguy critica un libro de Taine sobre La Fontaine en que éste se remonta hasta las fábulas de Esopo. Péguy dice para ridiculizarle, que Taine hace como aquel que queriendo enseñar París a un turista, comienza por llevarlo a recorrer la frontera de Francia a fin de que sepa en qué país está. El método de agotamiento de la documentación le parece sobrehumano. Le parece fruto del orgullo de una humanidad que quiere jugar a "Dios".

Por eso él defiende un método basado en la intuición y no en el agotamiento de la literatura. Su gran ídolo en Historia es Michelet. "Agotar la indefinición, la infinidad del detalle en el conocimiento de todo lo real, es la alta, es la divina, es la loca ambición, y —quíerese o no— la infinita debilidad de un método que tengo que llamar por su nombre escolar: método discursivo... El método intuitivo pasa en general por sobrehumano, orgulloso, misterioso, agnóstico: y se cree que el método discursivo es humano, modesto, claro y distintivo, científico; yo mostraré al contrario... que en historia es el método discursivo el sobrehumano, orgulloso, misterioso, agnóstico; y que es el método intuitivo el humano, modesto, claro y distinto, y hasta donde es posible, científico" (60). Para Péguy hay que proceder, siguiendo un método intuitivo, por intuiciones cada vez más profundas (61).

En el artículo sobre *La delación de los derechos del hombre* (1905), nuestro autor pone de relieve la trascendental responsabilidad del historiador que debe escoger entre los acontecimientos, entre los documentos, condenar a la muerte de la historia acontecimientos que la realidad no ha matado, "condenar a la muerte de la historia y del conocimiento humano, a la muerte del olvido, acontecimientos que la realidad no ha condenado a la muerte de la no existencia, condenar a la muerte total elementos que la realidad no había rechazado" (62).

A MODO DE CONCLUSION

No hemos podido insistir sobre todos los aspectos de la reflexión filosófica del autor. Simplemente hemos puesto de relieve que a través de sus obras hay una constante reflexión sobre lo que es filosofía y lo que es hacer filosofía. En oposición al partido intelectual, han aparecido sus opciones metafísicas. Es un espiritualista pluralista muy sensible a lo humano. Es en razón de este aprecio de los valores espirituales de la humanidad que Péguy reacciona fuertemente contra el reino del dinero en su tiempo. Es por esto que su socialismo tiene un cariz espiritual que lo hace reaccionar contra la interpretación marxista económica de la reforma social.

(60) O. P. I., p. 699.

(61) En los artículos sobre el dinero, Péguy ataca a los profesores diciendo que su método le permite hablar sobre ellos, pero que ellos no pueden hablar sobre él si no han agotado "la literatura sobre Péguy". Además agrega que cuando un profesor saca un libro es porque de hecho ha traicionado las exigencias de su método.

(62) O. P. I., p. 775.

Péguy tiene un sentido profundo de lo humano, de lo único, así como de la persona. Y sobre todo, un sentido profundo del valor de lo temporal. Hemos terminado nuestro análisis de lo histórico y de lo temporal en Péguy poniendo de relieve una tesis epistemológica del autor sobre el conocimiento y sus implicaciones metafísicas: hay que escoger, cargando de más realidad así a acontecimientos y disminuyendo a otros, todos igualmente reales. Podríamos haber seguido hablando del aspecto fundamentalmente inacabado de las obras, de los acontecimientos. Por ejemplo, para Péguy Renán es responsable de lo que hayan hecho sus sucesores, como lo es la Iglesia de la aparición de Renán (que, para él, es más católico de lo que aparece o quiere aparecer). Sobre el mismo tema sería muy interesante analizar cómo Péguy considera que una obra es completada por los lectores sucesivos. Cómo un mal lector de Homero profana la *Ilíada*. Cómo estamos así condenados a escoger como dice él entre la muerte o la enfermedad. Dicho en otras palabras entre desaparecer o ser carnada de las aves rapaces. Y cómo, sin embargo, la mayor fortuna de un hombre es poder hacer esta escogencia. Su mayor esperanza, que la muerte dure largo tiempo.

Podríamos analizar la influencia del pensamiento de Péguy sobre los pensadores franceses posteriores, y estudiar la influencia de los pensadores anteriores sobre él. Especialmente Bergson: el hombre que será para Péguy el gran filósofo de su tiempo y que tanto marcó su pensamiento. Podríamos ver la influencia de la noción de duración bergsoniana sobre la concepción del tiempo en Péguy; la influencia de la noción de héroe en Bergson sobre los héroes de Péguy y sus concepciones del heroísmo. Pero todo esto pediría un libro. Y nosotros simplemente hemos querido poner de relieve que nuestro poeta, no se contenta con proyectar una visión del mundo a través de sus poesías, sino que dedica sus horas a reflexionar sobre aspectos filosóficos.

“O ma nuit étoilee je t'ai créée la première
 Toi qui endors, toi qui invelis déjà dans une Ombre éternelle
 Toutes mes créatures
 Les Plus inquietes, le cheval fougueux, la fourmi laborieuse
 Et l'homme ce monstre d'inquiétude
 Nuit qui réussis à endormir l'homme
 Ce puit d'inquiétude

A lui seul plus inquiet que toute la création ensemble”.
 (Oh mi noche estrellada yo te creé la primera
 Tú que duermes, tú que entierras ya en una Sombra
 eterna

Todas mis creaturas
 Las más inquietas, el caballo fogoso, la hormiga
 laboriosa,

Y el hombre este monstruo de inquietud.
 Noche que logras dormir al hombre
 este pozo de inquietud.

El solo, más inquieto que toda la creación junta).